

IV

Terminó Mateo el estudio de su gran proyecto de desbrozar y roturar Chantebled, obra que debía despertar la actividad de la tierra, dándole una fecundidad enorme. Después de breve vacilación decidióse al fin y se resolvió a llevar adelante su proyecto, contra lo que aconsejaba la prudencia, pero movido por la audacia que le daban su fe y su esperanza. Un día manifestó a Beauchéne que dejaría la fábrica a fin de mes. La víspera había tenido con Seguín una larga conversación, adquiriendo la seguridad de que le cedería el antiguo pabellón de caza y unas veinte hectáreas de terreno en muy buenas condiciones. Según ya sabía, hallábase Seguín en muy mala situación a consecuencia de haber perdido sumas considerables en el juego, gastar enormes cantidades en queridas y llevando una existencia desastrosa, desde que no reinaba la paz en su hogar. Continuamente se quejaba de que Chantebled no le producía sino una rentita irrisoria, ya que debía tenerlo alquilado a una sociedad de caza, por la falta de cultivo de toda aquella extensión desmesurada de tierras. Su pensamiento constante era vender, pero ¿a quién? ¿Dónde hallar un comprador para aquellas tierras pantanosas, compuestas de páramos y monte bajo? Agradóle muchísimo la proposición de Mateo, con la esperanza de que si aquella prueba salía bien, podría deshacerse de toda la propiedad.

Seguín se avino a acceder a la venta sin recibir ningún dinero al contado, sino por anualidades, la primera de las cuales se pagaría a los

dos años de firmar la escritura de venta. Conviniéron en volver a verse, para arreglar los últimos detalles, antes de redactar la escritura. Y un lunes, a eso de las diez, dirigióse Mateo hacia el hotel de la Avenida de Antín, con objeto de arreglar aquellos detalles. Aquella misma mañana, Celeste, la doncella de la señora Seguín había recibido la visita de la señora Menoux, la mercera de la calle vecina, cuyo parto había interesado tanto meses atrás a Valentina, que entonces se hallaba en cinta. La mercera no podía dejar la tienda sino muy temprano, abandonándola al cuidado de la hija de su portera. Esperaba ya que su marido se marchase al Museo, del que era uno de los porteros, y después salía apresuradamente para la compra, volviendo sin perder un momento a aquella tienducha obscura en que no había espacio para moverse. Se había hecho más amiga de Celeste desde que la Couteau se llevara a su hijo Pedro a Rougemont, para que allí lo criaran en las mejores condiciones posibles, y a razón de treinta francos por mes. La Couteau, mostrándose complaciente, habíase brindado a ir todos los meses a cobrar los treinta francos, evitando así el engorro de enviarlos por correo y haciendo que la madre pudiese tener noticias de su hijo. Así era que cuando la Couteau se retrasaba un sólo día, asustábase la señora Menoux e iba a ver a Celeste, que era hija de la tierra donde se criaba su hijito.

—Me dispensará usted de haberla venido a molestar tan temprano; pero como me dijo que su señora no la llamaba antes de las nueve... Vengo porque no sé nada de allá abajo, y se me ha ocurrido la idea de que quizá le ha escrito a usted alguien de allí.

Tenía la señora Menoux, que era hija de un

pobre empleado, una carita pálida y agraciada y un cuerpo menudito. Esto hacía sin duda que admirara al buen mozo de su marido, una especie de Hércules que la hubiera podido aplastar de un manotazo. Pequeñita como era tenía una tenacidad y un valor indomable, siendo capaz de pasarse trabajando horas enteras, con tal de que a él no le faltasen su café y cognac después de cada comida.

—Es bien cruel, por cierto, haber tenido que enviar a nuestro Pedro tan lejos; porque ahora, además de no ver a mi marido durante todo el día, no puedo ver a mi hijo jamás. Pero no hay más remedio; es forzoso vivir y no puedo tenerle a mi lado, ya que estoy ocupada desde la mañana hasta la noche. Mi marido y yo no hacemos más que hablar de él en cuanto estamos juntos. ¿No me decía usted el otro día, señorita, que Rougemont es muy sano y que no acostambran a reinar allí enfermedades infecciosas?

La llegada de una nueva visita la hizo prorrampir en una exclamación de alegría.

—¡Cuánto celebro verla, señora Couteau! ¡Qué gran idea ha tenido usted viniendo aquí!

Explicó la corredora de nodrizas que había llegado en el último tren de la noche en compañía de algunas nodrizas, y que, después de acompañarlas a la calle de Roquepine, siendo ya muy adelantada la noche, marchóse a dormir.

—Después de haber saludado a Celeste, pensaba haber ido a su casa; pero ya que está usted aquí podemos arreglar la cuenta, si le parece.

La señora Menoux la miró con ansiedad y preguntó:

—¿Cómo está Pedro?

—No va mal... no va mal... Ya sabe usted que no es muy robusto, pero va tirando y es muy lindo,

con su carita redonda y paliducha. Como de costumbre, hablaba lentamente y procuraba alarmar un tanto a la madre, sin desesperarla del todo, a fin de que luego se mostrara más propicia para soltar dinero. Socarrona y sin aprensión como era, comprendió, al ver la expresión de la señora Menoux, que inventando una ligera enfermedad podría sacar más provecho.

—Sin embargo, como no sé mentir, y es preciso por otra parte, que le diga la verdad, he de decirle que el niño ha estado un poco malo y que aun no se halla restablecido del todo.

Demudóse el semblante de la señora Menoux, que cruzó sus delicadas manos, con expresión de angustia.

—¡Dios mío! ¡Se va a morir!

—¡No! No tema usted; ya le dije que estaba un poco mejor. La verdad es que la Loiseau le cuida y le mima como a un hijo suyo. ¡El chiquillo es tan bueno y cariñoso!... En la casa están todos enamorados de él y no retroceden ante ningún gasto. El médico le visitó dos veces y hubo que comprar algunas medicinas... Todo esto cuesta dinero.

Cayó esta frase con la pesadez de una maza, y luego, sin dejar tiempo a la pobre madre temblorosa y azorada, para responder, añadió:

—¿Quiere usted que contemos, querida señora?

La mercera llevaba dinero encima, porque había salido de su casa con intención de hacer un pago. Importaba la mensualidad treinta francos; las dos visitas del médico seis y las medicinas cuatro.

—En junto son cuarenta francos, y como además ensució tanta ropa, a causa de la descomposición de cuerpo que tuvo, me parece que podría usted añadir tres francos. Esto sin contar otros

gastillos, como el azúcar y los huevos, de manera que me parece que con cuarenta y cinco francos estaría todo bien pagado. ¿No le parece bien?

A pesar de la emoción que la dominaba, comprendió la mercera que la estaban robando y especulando con su dolor. Se le ocurrió que aquella era una cantidad hartó crecida. ¡Cuántos carretes de hilo y cuántas agujas tenía que vender antes de reunir aquella cantidad! Al verla trastornada de aquel modo, luchando entre su manía de ahorrar y los tormentos que le causaban su ternera maternal, habríanse conmovido los corazones más duros.

—¡Esto representa quince francos más!

La Couteau contestó con desabrimiento:

—¿Qué quiere usted que yo haga? No es culpa mía; pero sin embargo, no podíamos consentir que su hijo se muriese y supongo que eso no lo desearía usted tampoco de manera que no quedaba más recurso que hacer los gastos necesarios. Además, si no tiene usted confianza en mí, dígamelo y puede enviar directamente el dinero. En cuanto a mí le aseguro que todo eso me hace perder tiempo y trabajo, sin ganar en ello.

Estremeciéndose, y comprendiendo que no tenía otro remedio que pagar, la señora Menoux accedió a lo que pedían; pero entonces se presentó otra dificultad: no llevaba encima más que oro, dos monedas de veinte francos y una de diez. Las piezas relucían sobre la mesa y la Couteau fijó en ella la codiciosa mirada de sus ojillos amarillos e inmóviles.

—No puedo devolverle esos cinco francos porque no llevo dinero encima. ¿No tienes cambio, tú, Celeste?

Hizo esta pregunta con tal acento y subrayán-

dola con tal mirada, que la otra comprendió en seguida.

—No tengo un céntimo,—contestó.

Reinó un momento de silencio, y la señora Menoux con el corazón comprimido, se sometió.

—Quédese con esos cinco francos, señora Couteau, ya que se toma tanta molestia por mí. ¡Dios mío, haced que ese dinero me traiga suerte y que mi hijito llegue a ser un buen mozo, como su padre!

—¡Ah! ¡Lo que es de eso, respondo yo!—exclamó entusiasmada la corredora.—Esas enfermedades no significan nada; son achaques comunes a la infancia. Estoy acostumbrada a ver muchos chiquillos y le predigo que el de usted será fuerte y robusto. No lo hay mejor.

Antes de marcharse, la Couteau tuvo palabras tan zalameras y promesas tan halagadoras, que la señora Menoux se fué contenta. En cuanto se cerró la puerta, echóse a reír Celeste, con su imprudencia habitual.

—¡Cuántas historias le contaste! Apuesto a que el chiquillo no ha estado siquiera enfermo.

Púsose seria la Couteau, replicando:

—Empezarás por decirme que miento; te aseguro que ese niño no está bueno.

La hilaridad de la doncella fué en aumento.

—¡Vaya! Me hace mucha gracia que quieras verme a mí con esas. Te conozco de sobra y sé lo que vas a decir antes de abrir la boca.

—Te digo que ese niño es muy enteco,—replicó la corredora con menos energía.

—Eso ya me lo figuro; pero con todo quisiera ver eso del médico, del jabón, de las recetas y del azúcar... Con todo te aseguro que me importa un pito la señora Menoux y lo que tú le saques

o la quieras sacar. Cada cual se arregla como puede, y mejor para ti si le sacas mucho dinero.

La Couteau cambió de conversación, preguntándole si tenía algo para echar un trago, porque los viajes de noche la echaban a perder el estómago. Celeste se echó a reír y sacó de un armario una botella de Málaga y una caja de bizcochos. En aquel escondite era donde ocultaba las golosinas que hurtaba de la despensa. Al ver el gesto que hizo la Couteau, de miedo que la sorprendiese la señora, replicó la doncella con otro de injurioso desdén y contestó que hartó tenía que hacer en aquella hora la señora, pues estaba en su tocador, dándose una mano de afeites. No había miedo de que la llamase, hasta después de haberse hecho una porción de porquerías para hermosearse.

—Los únicos que hay que temer son los niños, que son unos monos que una tiene siempre encima, porque como sus padres no se cuidan nunca de ellos, se pasan la vida jugando aquí o en la cocina. Por eso no me atrevo a cerrar la puerta, porque sino empezarán a patadas y a puñetazos.

Después de dirigir una mirada investigadora al corredor y de sentarse a la mesa, tardaron poco en caldearse y en dejar ver el fondo de su corazón, llegando hasta la tranquila imprudencia y la abominación inconsciente de traducir en palabras cuanto sentían. Mientras paladeaba el Málaga a sorbitos, preguntó la Celeste lo que ocurría en su pueblo, y la Couteau, que ya no tenía necesidad de mentir, le contestaba entre trago y trago, la verdad brutal. Le explicó primeramente, que en casa de los Vineux había muerto su hijo, aquel que la Rouche no pudo matar antes de nacer, y Celeste oyó aquella noticia con la misma indiferencia que si se hubiera tratado del hijo

de cualquier otra. En casa de la Gavette habíase caído a la lumbre el viejo que cuidaba a los niños mientras la familia se iba al campo a trabajar; lo sacaron de allí, pero el niño que tenía en la falda murió abrasado. La Cauchois tenía tener algún disgusto, porque de una sola vez habíanse muerto cuatro niños en su casa, a causa de haber quedado abierta, por descuido, una ventana durante toda la noche. Los cuatro eran de París; dos de la Beneficencia Pública y dos de casa la señora Bourdieu, la comadrona. Desde que empezó el año parecía que los chiquillos se morían a cosa hecha; habían enterrado tantos como llegaban. Y tanto era así, que el alcalde empezaba a decir que se morían demasiados niños y que la aldea acabaría por adquirir muy mala reputación. Podía temerse que la Couillard recibiera, el día menos pensado, la visita de los gendarmes, sino tenía la prudencia de conservar de vez en cuando uno vivo.

—¡Ah! ¡La Couillard! Figúrate que le llevé uno que parecía un verdadero Niño Jesús; el hijo de una señorita a quien su papá acarició con demasiado ardor. Me dieron cuatrocientos francos por cuidarle hasta que hiciera la primera comunión y vivió sólo cinco días. Esto era demasiado. Me encolericé muchísimo y pregunté a la Couillard si me quería deshonorar... A mí lo que me perderá es mi buen corazón, porque no sé resistirme cuando me piden algún servicio, y sólo Dios sabe cuánto quiero a los niños. Siempre viví a costa de ellos, de manera, que si algún día llegases a tener uno...

—No, eso no,—interrumpió Celeste indignada; —me atraparon dos veces, pero lo que es ahora, no me volverá a suceder, porque como mis precauciones,

—Bueno. Pero si algún día tuvieses uno, yo te diría: «Hija mía, no hay que llevarle a casa de la Couillard, porque eso es tentar a Dios.» Después de todo, somos mujeres honradas, ¿verdad? y yo me lavo las manos, porque, si bien es cierto que soy la que lleva a esos querubines, no me encargo de cuidarlos y criarlos. Cuando se tiene la conciencia limpia se puede dormir con tranquilidad.

—Eso, es,—contestó Celeste, con profunda convicción.

Y en tanto que de ese modo se enternecían, paladeando el vino generoso, parecía elevarse en el aire una visión roja, la de Rougemont con su cementerio repleto de niños parisienses; la de la aldea inmunda y sangrienta, semejante a un vasto osario producto de varios asesinatos. En aquel instante se oyeron precipitados pasos en el corredor y la doncella se levantó para salir al encuentro de Lucía y de Gastón que se dirigían al cuarto.

—¡Fuera de aquí! No quiero que vengáis, porque vuestra madre no permite que estéis aquí. Volvió a entrar en el cuarto furiosa.

—La verdad es que no puedo hacer, ni decir nada, sin que se metan entre piernas. ¡Que se vayan con la nodriza!

—A propósito,—dijo la Couiteau,—¿Has sabido que a María Lebleu se le murió un hijo? ¡Qué niño más hermoso! Pero ¿qué quieres hacerle? Corren ahora unos aires... Además, ya lo dice el refrán: «hijo de nodriza, criatura muerta.»

—Sí, me dijo ella que se lo habían escrito; pero me recomendó que no se lo dijera a los señores, porque esas noticias causan siempre mal efecto. A la Lebleu le tiene sin cuidado que se le muera un hijo, pues así puede criar sin empacho, y su

castigo está en que, además de habersele muerto el hijo, el de la señora también está enfermizo.

La corredora escuchó con interés.

—¡Ah! Con que ¿está enfermo?

—Sí, un poquillo, y no porque tenga mala leche María ni porque sea escasa; pues tiene mucha y buena. Sólo que es una loca y de continuo arma tremolinas y ciscos con los demás criados y además bebe de tal manera que más parece un faquín que una mujer.

Poco a poco las mujeres se entusiasmaron y brillaron los ojos de la Couiteau. En Rougemont, aquel rincón de Normandía, todas las mujeres bebían más o menos y aquella costumbre estaba tan arraigada que hasta las niñas se llevaban al colegio una botellita de aguardiente. De todos modos, y desde muy antiguo, la Lebleu, se había distinguido siempre por su afición a la bebida. Durante su último embarazo, no se acostó una noche siquiera sin haberse puesto como una cuba.

—La conozco mucho,—dijo la Couiteau,—y sé que hay que dejarla como cosa perdida; pero como el médico que la eligió no me preguntó mi parecer, la tomó la señora, lo cual, después de todo, me tiene sin cuidado. La acompañé, la tomaron y tal día hará un año. A mi nada me importa de lo que haga o deje de hacer.

Celeste replicó:

—No puedes formarte idea de la vida infernal que lleva aquí. Disputa y hasta se pega con todo el mundo; el otro día tiró una jarra a la cabeza del cochero; rompió un jarrón en el cuarto de la señora y ha conseguido atemorizar a todos. No sabes las jugarretas que inventa para poder beber, en vista de que al advertir su afición al mosto, encerraron todos los licres. La semana última bebióse toda una botella de agua de linaza

creyendo que era de licor, y por poco revienta. Otro día la sorprendieron bebiéndose el agua de colonia y el contenido de otro frasco del tocador de la señora. Ahora, no pudiéndose beber otra cosa se bebe el alcohol que le dan para la lamparilla. ¡Si supieras qué gracia me hace todo eso! ¡Hay para morir de risa!

Celeste se desternillaba de risa y palmoteaba al relatar aquellas diabluras que tan caras podían costar a sus amos, y después que se hubo calmado algún tanto, dijo:

—Me parece, que, como siga así, el día menos pensado la echan a la calle.

—No creo que tarden mucho. Si no lo han hecho ya es porque no se habrán atrevido.

Sonó un campanillazo y Celeste soltó una interjección.

—¡Bueno! Ya me llama la señora para que vaya a darle friegas. ¡Qué vida! No tiene una un momento para sí.

La Couteau se levantó para marcharse.

—¡Vaya! Haz tu obligación. Yo voy a buscar a una de las nodrizas que han venido de Rougemont, una buena chica, de la cual respondo como de mí misma. Dentro de una hora estaré aquí con ella, y te advierto que habrá un regalito, si me ayudas a colocarla.

Y se marchó en tanto que Celeste, sin apresurarse, guardaba en el fondo del armario, el Málaga y los bizcochos. Aquel día, a eso de las diez, Según, debía llevar a su esposa y a Santerre a almorzar a Mantes, con objeto de probar un automóvil eléctrico que acababa de mandar construir. Estaba ahora muy entusiasmado por aquel nuevo sport, no tanto por que verdaderamente le gustara como por el irresistible deseo de figurar siempre en primera línea entre los modernistas. Por

eso, y un cuarto de hora antes de la convenida, hallábase ya en el salón despacho, vestido a la última moda, con pantalón y americana de pana con solapas verdes, zapatos amarillos y un sombrero de hule. Burlóse de Santerre cuando vió que vestía traje de calle. Al día siguiente de la salida a misa de Valentina, el novelista volvió a ser el íntimo de la casa. Ya no veía en ella nada que pudiese chocar con sus refinados gustos ni tropezaba con el malestar de Valentina embarazada. Podía, por lo tanto, continuar con ella el idilio interrumpido, con la seguridad de que ahora vencería. Hasta la misma Valentina, libre ya del miedo horroroso que la inspiraban la muerte y aquella maternidad que consideró la peor de las catástrofes, sentía ahora gran necesidad de ganar el tiempo perdido, lanzándose con verdadero frenesí, al torbellino de las diversiones. Había recobrado la belleza y la juventud, y sentía, más que nunca, necesidad de aturdirse. Impulsada más y más por la lógica imperiosa de los hechos, veíase obligada a dejar a sus hijos en manos de los criados, a abandonar más y más su casa, sobre todo desde que su marido hacía lo mismo, impulsado por sus accesos de celos y de brutalidad, que estallaban de pronto sin causa justificada. Aquello era la paz doméstica perdida para siempre, la familia destruída y amenazada por el desastre supremo, y en aquel hogar vivía Santerre a sus anchas, acabando de sembrar la destrucción, aceptada por el marido, con el que proseguía sus discusiones de literatura y filosofía, aguardando a que la esposa cayese en sus brazos. Sonó una exclamación de alegría, cuando al fin se presentó Valentina con un lindo traje hecho a propósito para la expedición y cubierta la cabeza con un caprichoso sombrero. Salió de nuevo diciendo que

volvía en seguida, pero que quería ver a su Andreíta y hacer las últimas recomendaciones a la nodriza.

—Acaba pronto,—dijo su marido;—eres insoponible; jamás estás lista a tiempo.

En aquel momento, un criado anunció a Mateo, y Seguíñ le recibió, manifestándole que sentía mucho no poder hablar detenidamente con él; no obstante, antes de fijar día para otra entrevista, no tuvo inconveniente en tomar nota de una nueva condición que el comprador deseaba añadir a las de la escritura: la de reservarse el derecho exclusivo de adquirir más tarde, y bajo ciertas condiciones, por trozos y a fechas fijas, la totalidad de la finca. Prometiéndole examinar con detención lo que le proponía, y en esto cortóle la palabra un extraño tumulto. A lo lejos se oían gritos, un pataleo salvaje y puertas que se abrían y cerraban con violencia.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?—preguntó Seguíñ, volviéndose hacia la puerta, que retemblaba.

Abrióse ésta y volvió a presentarse azorada y trémula Valentíná, roja de miedo y de cólera, llevando en brazos a Andreíta, que lloraba.

—No llores más, tesoro mío, que no te hará ningún daño. ¡Vaya, cállate que eso no es nada!

Y la dejó en el fondo de un gran sillón en el que la chiquitina se quedó muy quieta y callada. Era una criatura preciosa, aunque poco desarrollada para los cuatro meses que iba a cumplir en breve, de modo que de su pálido rostro no se veía más que sus grandes ojos.

—Pero, ¿qué es lo que pasa?—preguntó asombrado Seguíñ.

—Pues sucede que acabo de encontrar a María, borracha como una cuba, y caída encima de la cuna, pero de tan mala manera que ahogaba a

la niña. Si tardo unos minutos más la encuentro muerta.

—¡Borracha a las diez de la mañana! Ya sabía yo que bebía y había dado orden de que guardasen todos los licores, porque no quería despedirla, pues tiene una leche excelente. ¿A qué no sabe usted lo que bebió? El alcohol de la lamparilla. A su lado tenía la botella vacía.

—¿Y qué dijo?

—Quiso pegarme, ni más ni menos. Cuando yo la sacudía para que se levantase, se arrojó sobre mí, lanzando un torrente de injurias. Sólo tuve tiempo de huir llevándome a la niña, mientras ella atrancaba la puerta de la habitación, cuyos goznes había hecho a pedazos. ¡Escucha!

En efecto, a través de las puertas llegaba un ruido muy fuerte, un estrépito infernal. Miráronse unos a otros sin saber qué hacer.

—¿De manera que?...—dijo al cabo Seguíñ, con acento seco.

—De manera que no sé qué decirte, amigo mío. Esa mujer es una fiera y yo no quiero dejarle a Andreíta, para que nos la mate. Le quité la niña, y no seré yo con seguridad quien se la vuelva a llevar. Es más, te confieso que tampoco me arriesgaré a entrar en su cuarto. Será preciso que tú te encargues de despedirla, después de arreglarle la cuenta.

—¡Yo! ¡Yo!—exclamó Seguíñ.

Y empezó a pasearse, presa de una cólera que iba en aumento y que al fin estalló.

—No sabes lo que me hartó ya de esas estúpidas historias. Con tu embarazo y tu parto, y ahora con tus amas de cría, esta casa se ha convertido en un infierno, en la que se disputa y alborota desde la mañana a la noche. Se pretendió que la primera que yo me tomé la molestia de esco-

ger no tenía buena leche. Ahora viene otra que, según parece, tiene buena leche, pero se emborracha y a poco más ahoga a la niña; y en seguida tocará el turno a una tercera, que acabará por aterrarnos y por comérsenos a todos... No, no, ¡Eso es demasiado y no lo quiero!

Calmóse Valentina y empezó a hacerle cara.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que no quieres? Eso no tiene sentido común. Tenemos una hija y es forzoso que tengamos nodriza. Tú mismo, si yo me hubiese empeñado en criar, me hubieras dicho que eso era una estupidez. Además, yo ni puedo ni quiero criar, y, como dices, vamos a tomar una tercera nodriza. La cosa es bien sencilla, y cuanto antes lo hagamos mejor.

Paróse Seguin bruscamente delante de Andrea, que se asustó al ver aquella sombra tan grande y empezó a chillar. Tal vez él ni siquiera la veía, porque la cólera le cegaba. Tampoco vió a Gastón y a Lucía, que habían acudido corriendo al oír el ruido y las voces, quedándose junto a la puerta, como inmovilizados por la curiosidad y el terror, sin que nadie pensase en decirles que se fuesen de allí, donde continuaron viéndolo y oyéndolo todo.

—El coche nos espera abajo! —añadió Seguin esforzándose por tomar un acento tranquilo.— ¡Despachemos pronto y vámonos!

Valentina le miró con asombro y dijo:

—Sé razonable. ¿Crees que puedo abandonar a la niña sin tener a quien confiarla?

—El coche nos está esperando abajo! —repitió Seguin con mayor enojo.— ¡Vámonos en seguida!

Valentina se encogió de hombros. Seguin enloqueció, asaltado por un acceso de repentina locura, que le impulsaba a cometer toda clase de violencias hasta en presencia de extraños. En estos

accesos era cuando dejaba ver la llaga emponzoñada que abrieran los absurdos celos, causa primera del desastre. Entonces habría aplastado a la pobre y llorosa criatura, aquel sér débil e inocente como si fuera la causa de todo, como el obstáculo que en aquel momento se oponía a su proyectado paseo.

—¡Ah! ¿Con que, no quieres venir? ¿Acaso me importa tu hija? ¿Por ventura lo es mía? Si la acepto como tal es para no promover un escándalo; pero bien sé que no es mía, y tú lo sabes mejor que yo. ¡Sí! No lo olvido ni un solo instante y recuerdo perfectamente del modo cómo llegué a convencerme de que me engañabas. No eres sino una perdida y tu hija una bastarda, y sería muy torpe si me molestara por una chiquilla que te hiciste hacer no sé por quién. ¿No quieres venir? ¡Pues, abur, me voy!

Y Seguin salió como una centella sin despedirse siquiera de Santerre y Mateo. Este último no se había atrevido a retirarse por cortedad. Sin moverse de su sitio, contemplaba a Andrea, que seguía desgañitándose, y a Gastón y a Lucía, que en el colmo del espanto, se habían retirado detrás del sillón donde estaba su hermanita. Durante unos momentos reinó profundo silencio, después de la salida de Seguin. Al cabo, exclamó Valentina:

—Ah, miserable! ¿Cómo me tratas! ¡Pensar que a poco me muero a consecuencia del nacimiento de esa niña que es tuya! ¡lo juro ante Dios!... ¡No! ¡no! Todo ha concluido entre nosotros; no volverá a tocarme ni con la punta de los dedos; preferiría matarme antes que exponerme de nuevo a semejante abominación.

Valentina pronunció estas palabras entre sollozos y retratándose en su semblante el dolor que sentía



y la resolución de que en lo sucesivo buscaría el placer dónde y como pudiera. Santerre, que hasta entonces se mantuviera silencioso, como quien aguarda a que pase la tempestad ya que era ajeno a la disputa, se acercó a Valentina y cogiéndole una mano tiernamente, dijo en voz baja, con acento de lástima:

— ¡Cálmese, señora! Ya sabe usted que no está sola y que no se la abandona. Hay cosas que a usted no pueden ni deben herirla. Cálmese usted y no llore más; se lo suplico; porque me está partiendo el corazón.

Y hablaba con mucho cariño y mimo, precisamente porque el marido acababa de mostrarse tan brutal. Santerre conocía el efecto que sus palabras causarían en el corazón de aquella mujer ofendida.

Su mano subió hasta la delicada muñeca que abandonaba y las guías de su bigote rozaron los rizosos cabellos de Valentina. Envolvióla con la mirada, como queriendo fascinarla, y, bajando más aún la voz, deslizó estas palabras al oído de la esposa de Seguin:

— No debe apenarse usted de esa manera; ya se lo dije a usted en otra ocasión: no es más que un torpe...

Aquella palabra salió de sus labios acentuada, burlesca. Valentina debió comprender; por sus labios vagó una débil sonrisa y murmuró también en voz muy baja:

— Sí; ya lo sé. Es usted muy bueno para conmigo. Tiene usted razón; no debo apenarme por lo ocurrido. ¡Ah! ¡Lo daré todo por un poco de felicidad!

Mateo vió claramente cómo se separaban las manos de Santerre y Valentina, después de haberse estrechado mutuamente. Aquello era ni más ni

menos que la aceptación de la cita hasta entonces retrasada; la promesa para un día no lejano. Por lo demás, todo ello era la consecuencia lógica del desastre; el desenlace había de ser el adulterio de la esposa desdefiada por su marido, de la madre que no quiso amamantar a sus hijos. Un grito de Andreíta hizo, sin embargo, que Valentina volviese súbitamente a la realidad. La pobre criatura estaba débil, mientras que la madre se encontraba en peligro de caer en el adulterio, precisamente por negarse a criar a su hija, a apoyarla en su seno, sirviéndose de ella como de un escudo. En aquel momento tuvo sin duda Valentina conciencia del peligro en que se hallaba porque, separándose bruscamente de Santerre, corrió en busca de la chiquitina, tomóla en brazos y la cubrió de frenéticos besos. Después, cuando advirtió que sus otros dos hijos se hallaban allí y lo habían visto y oído todo, al igual que Mateo, no pudo contenerse y rompió a llorar de nuevo amargamente.

— Dispénsele usted — dijo, — hay momentos en que se vuelve verdaderamente loco, y entonces no sabe ni lo que hace ni lo que dice. ¡Dios mío! ¡Y qué va a ser de esa pobre niña? ¡Yo no puedo darle el pecho! Es imposible; ¡todo acabó! El caso es que con este trastorno no sé ni qué hacer. ¡Dios mío, Dios mío!

Con alguna timidez y comprendiendo que todo lo que iba ganando la hija en el corazón de la madre lo perdía él; trató de intervenir Santerre; pero ella sin hacerle caso alguno, continuó preocupada con la criatura. El novelista iba a aplazar la batalla decisiva para mejor ocasión cuando un auxilio inesperado le aseguró la victoria. Este auxilio era Celeste, que había penetrado en la ha-

bitación y que esperaba una señal de su ama para hablar. Por fin dijo:

—Ha venido a verme una amiga mía, señora; es mi paisana, Sofia Couteau, y como precisamente viene con ella una nodriza...

—¡Que viene con una nodriza!

—Sí, señora; y guapa por cierto.

Aquella sorpresa causó gran alegría a Valentina; comprendiéndolo así se apresuró a decir Celeste:

—La señora está molesta con la criatura en brazos. Claro, la falta de costumbre. Voy a decir a la nodriza que entre.

Valentina entregó la criatura a Celeste, no queriendo que la presentasen en seguida a la nodriza, temiendo que la otra, la Lebleu, que estaba borracha y encerrada en un cuarto, saliera de él y encontrase a la acompañante de la Couteau. Sería capaz de pegarles a todos y romper cuanto encontrase a mano. Sin embargo, quiso pasar a la habitación donde se hallaba la nueva nodriza y que la acompañaran Santerre y Mateo, éste último sobre todo, pues debía ser muy inteligente en la materia. A Gastón y Lucía les prohibió terminantemente que la siguiesen.

—Vosotros quedaos aquí jugando... Y nosotros vamos, pero de puntillas, no nos oiga la Lebleu y tengamos otro disgusto.

De esta manera pasaron a la habitación donde esperaban la Couteau y su compañera, una robusta joven de unos veinticinco años, que llevaba en brazos un soberbio niño. Era morena, de frente estrecha y de cara larguirucha; vestía con mucho esmero y limpieza. Al ver a Valentina y sus acompañantes hizo un ligero saludo, propio de nodriza bien educada que sabe cómo debe portarse. La señora de Segujín estaba apuradísima, con-

templando alternativamente a la nodriza y al niño, como una mujer ignorante cuyos dos primeros hijos han sido criados en una habitación cercana a la suya sin que ella hubiese intervenido para nada. Llena de desesperación, y mientras Santerre permanecía apartado a un lado, rogó a Mateo que pusiera a contribución sus conocimientos en el asunto, pero aquél se excusó alegando que era un profano en la materia. Entonces la Couteau, después de dirigir una mirada oblicua a aquel señor que encontraba en todas partes, creyó del caso intervenir.

—La señora puede tener confianza en mí,—dijo.

—Si cuando me permití ofrecerla mis servicios los hubiera aceptado se hubiera evitado seguramente muchos disgustos. Yo hubiera podido dar informes a la señora acerca de María Lebleu cuando vine a buscar al niño, pero como le eligió el médico me guardé muy bien de decir una sola palabra. ¡Ah! Lo que es como buena leche la tiene; pero como además posee un gáznate que se le suele secar con demasiada frecuencia...

A continuación la Couteau se extendió hablando de la honradez de su oficio y poniendo precio a la mercancía ofrecida.

—A ojos cerrados puede tomar la señora a la Catiche; es la nodriza que la conviene, pues no la hay mejor en todo París. Mire usted ¡qué robustez! ¡cuánta salud! Pues ¿y el niño? ¡Contéplele usted bien! Ciertamente es que mi amiga está casada y que allá en nuestra aldea quedó el marido con una niña de cuatro años; pero en fin, ¿qué le vamos a hacer? No creo que sea un crimen el ser honrada... En fin, la señora ya me conoce; yo la respondo con la cabeza de la Catiche, y me comprometo a devolver el dinero si no queda contenta de ella.

Dominada por su deseo de acabar pronto, Valentina accedió a todo, hasta a dar cien francos mensuales en razón de que la Catiche era casada. La corredora, desprendida y generosa añadió que no había que pagar los gastos de la agencia de nodrizas, gastos que ascendían a cuarenta y cinco francos; dejaba a la conciencia de la señora darla lo que tuviese a bien, si estimaba en algo su interés por servirla. Valentina ofreció doblar la anterior cantidad, ya que se sentía como aliviada de un gran peso. De pronto se acordó de que la Lebleu continuaba encerrada en su cuarto. ¿Cómo arreglárselas para hacerla salir de allí e instalar en su lugar a la Catiche?

—¿Qué?—exclamó la Couteau.—¿Eso asusta a la señora? Ya tendrá buen cuidado la Lebleu de molestarnos ahora si quiere que la vuelva a colocar. ¡Voy a hablarla!

Celeste dejó a Andreíta encima de una manta y al lado del niño de la nodriza, y acompañó a la Couteau al cuarto de María en la cual reinaba entonces profundo silencio. La corredora no tuvo que hacer otra cosa que darse a conocer para que la puerta le fuera franqueada. Durante unos minutos oyóse una voz seca y cuando salió tranquilizó a Valentina que esperaba temblando el resultado de la conferencia.

—Ya le pasó la borrachera, señora. Con que la paguen el mes se dará por satisfecha, pues está arreglando sus ropas para marcharse.

Se arreglaron las cuentas, añadiendo Valentina cinco francos más por el nuevo servicio prestado por la Couteau. Después presentóse una nueva dificultad. La corredora no podía volver en busca del niño de la Catiche; ¿qué hacer con él durante el resto del día?

—¡Bah!—dijo por fin.—De todos modos me lo

llevo; lo dejaré en la agencia y allí ya le darán un poco de leche con biberón. Es preciso que se vaya acostumbrando, ¿verdad?

—Me parece que sí,—respondió tranquilamente la madre.

En el momento que la Couteau se disponía a marchar, y cuando iba a coger al niño, hizo como quien vacila, ante los dos pequeñuelos echados uno al lado de otro sobre la manta.

—¡Peste!—murmuró.—Hay que tener mucho cuidado para no equivocarse.

La frase pareció divertida y todos se echaron a reír. La Couteau cogió al niño con sus manos granduchas, y desapareció con él. Uno más que se llevaban allá abajo, arrastrado por una de aquellas continuas «razzias» que lanzaban a los pequeñuelos a la matanza. El único que no rió fué Mateo. A su mente acudió el recuerdo de la conversación que sostuvo con Boutan acerca de la acción demoralizadora de las nodrizas; del crimen común de dos madres corriendo cada una de ellas el mismo riesgo de la muerte de su hijo; de la madre ociosa que compra la leche de otra y de la madre venal que vende la suya. Sintió en el corazón un frío intenso; miró a aquella criatura, llena de vida y salud, que se llevaban y aquella otra, tan débil, que se quedaba. ¿Qué suerte reservaría el destino a aquellos dos seres, a uno de los cuales, quizá a los dos, sacrificaba una sociedad tan corrompida? Todo esto no pudo por menos de causar horror a Mateo. Valentina, completamente tranquila ya, otra vez dominada por sus locos deseos de ruido y placer, dijo a los dos hombres que la siguiesen de nuevo al salón. Mateo pidió permiso para retirarse, y al hacerlo todavía pudo observar que Santerre, despidiéndose también y

conservando en sus manos la de Valentina, la decía:

—Entonces hasta mañana.

—¡Sí, hasta mañana!—contestó Valentina, entre-gándose ya por completo.

Ocho días después de estos sucesos la Catiche era la reina indiscutible de la casa. Andreíta había recobrado algunos colores y cada día engordaba más. Ante este resultado la nodriza se había impuesto en absoluto. Temían hasta tal punto el tener que reemplazarla que cerraban los ojos ante todas sus faltas. Era ya la tercera nodriza y una cuarta podría matar a la niña. Aparte de esto, la Catiche presentábase sin ningún defecto; era la aldeana calmosa y ladina, que sabía gobernar a los amos y sacar de ellos todo el partido posible, demostrando en esto gran destreza y habilidad. En un principio se encontró con una dificultad, la de que por el camino que seguía se encontraba con una rival, con Celeste; pero eran ambas demasiado listas para no comprender sus intereses y ponerse de acuerdo. Hecho esto fueron ya dos para compartirse el dominio y comerse la casa. La Catiche reinó sobre amos y criados; para ella se reservaban los mejores manjares, y su vino y su pan eran asimismo de clase más superior. Golosa, holgazana y orgullosa, se pasaba días enteros sin hacer nada, doblegándolo todo a su capricho, ya que nadie se atrevía a oponerse a sus deseos por temor a que se encolerizase y se la echase a perder la leche o se la retirara. La más ligera indisposición de la nodriza trastornaba por completo la casa, y una noche, que tuvo una indigestión, se mandó en busca de todos los médicos del barrio. Su único defecto consistía en ser un poco ladrona, pero sobre ello se cerraban los ojos. Para que estuviera contenta se la obsequiaba con

regalos, a más de los que pudiéramos llamar reglamentarios. Resultaba la nodriza más elegante de los Campos Elíseos, con sus soberbias pellicas y sus ricas cofias.

Hubo también regalitos para su marido y su hijita, que estaban en un pueblo y todas las semanas se enviaban allá paquetes, facturados en gran velocidad. El día en que llegó la noticia de la muerte del niño que se llevó la Couteau, ocurrida a causa de un resfriado, se le dieron cincuenta francos, como una especie de compensación a su dolor maternal. Hubo también una gran alarma en la casa el día en que su marido fué a visitarla, temiéndose que después de aquella separación, al encontrarse marido y mujer ocurriera algo que impidiese seguir a la nodriza amamantando. Este temor fué tan grande que no se dejó solos a los esposos ni por un momento, no quedando tranquilos hasta que se marchó el marido, con los bolsillos bien repletos. Después de una clorótica y una borracha, una nodriza embarazada hubiera sido el mayor de los desastres. La Catiche se indignaba cuando la hablaban de las probabilidades de que esto pudiese ocurrir, llegando con todo ello al pináculo de su tiránico reinado. El día en que Mateo fué al hotel para firmar la escritura de venta, en virtud de la cual le cedía Seguin el antiguo pabellón de caza y veinte hectáreas de terreno, a reserva de poder adquirir bajo ciertas condiciones otras parcelas de la finca, encontró al esposo de Valentina dispuesto a marcharse al Havre, donde le esperaba un amigo suyo, inglés, con un yate, para hacer un viaje de un mes por las costas de España. Se decía que con Seguin y el inglés iban también mujeres.

—Sí,—dijo febrilmente Seguin, haciendo alusión a las grandes pérdidas que había sufrido con el

pliego;—me marchó de París; aquí no tengo suerte ahora, cosa que le deseo a usted, querido Froment. Conque ánimo; ya sabe usted lo mucho que me intereso por el buen éxito de su tentativa.

Mateo dirigióse por los Campos Elíseos; tenía grandes deseos de reunirse con Mariana en Chantebled. El acto decisivo que acababa de realizar le tenía muy conmovido y le hacía estremecer de fe y de esperanza. Al atravesar un paseo desierto le pareció observar en el interior de un coche, allí parado, el perfil burlón de Santerre; una mujer que llevaba el rostro cubierto con un velo y andaba con paso furtivo, subió ligeramente al carruaje. ¿No era Valentina? Y adquirió la certeza de que lo era, mientras el carruaje se alejaba con las cortinillas echadas. Más adelante, en el paseo central, tuvo otro doble encuentro: primero Gastón y Lucía, que cansados de jugar, arrastraban sus cuerpecitos entecos por el suelo bajo la vigilancia de Celeste, muy ocupada en aquel momento en bromear con el dependiente de una tienda de la vecindad; más a lo lejos, la Catiche, soberbia y majestuosa, adornada como el ídolo del amamantamiento venal, paseaba a Andrestá, haciendo lucir el sol sus anchas cintas de púrpura.

▼

El día en que se dió el primer golpe de azadón, Mariana, llevando en brazos a Gervasio, fué a sentarse cerca del lugar donde se empezaban los trabajos, dominada por la emoción venturosa que la producía aquella obra emprendida por Mateo con tanto atrevimiento. Era un hermoso día de

junio, claro y pálido, con un cielo puro que parecía alentar la esperanza. Los niños jugaban entre las altas hierbas, oyéndose de vez en cuando los agudos chillidos de Rosita que se divertía persiguiendo a sus tres hermanos.

—¿Quieres dar tú el primer azadonazo?—preguntó Mateo sonriente.

Mariana le enseñó el niño.

—No, no,—contestó.—Yo ya tengo mi faena. Dalo tú, que eres el padre.

Mateo estaba allí con dos hombres a sus órdenes, dispuesto a tomar parte en el rudo trabajo corporal, para empezar la realización de aquella idea tanto tiempo acariciada y discutida. Con mucha prudencia y cordura se había asegurado una existencia modesta para el transcurso de un año, mediante un inteligente sistema de asociación y de préstamo reembolsable sobre las ganancias. Gracias a esto podía esperar tranquilamente la primera recolección sin contraer deuda alguna. La energía creadora se había revelado en él después del nacimiento de su último hijo e iba creciendo con extraordinaria potencia. Iba a jugarse la vida sobre la futura cosecha, si la tierra rechazaba su culto y su trabajo; pero era fiel y creyente y estaba seguro de vencer, porque amaba y deseaba. Cuando le acusaban de terquedad acerca de sus proyectos y sueños de Chantebled, respondía sonriéndose que a fuerza de práctica acabaría por ser un buen agricultor. Una mañana hizo reír mucho a Mariana descubriendo y explicando por qué razón los dos deseaban y hacían tantos hijos. ¿No era esto un acto de voluntad, de energía, de la acción viviente y humana, y de la más poderosa del mundo, por cierto?

Dió el primer azadonazo y exclamó: